

Pablo Neruda
Periodista

José Luis Díaz-Granados

Pablo Neruda Periodista

José Luis Díaz-Granados

21



Pablo de la Torre
Editorial

© 2005 José Luis Díaz-Granados
© 2005 Editorial Pablo de la Torriente
Unión de Periodistas de Cuba
Calle 11 no. 160 e/ K y L, Vedado, La Habana
Edición: Fermín Romero Alfau
Diagramación: Mayra Renté Reyes
Corrección: Samuel Paz Zaldívar
ISBN: 959-259-177-6

Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos... Estos andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, frijolitos, tabaco negro, oro, maíz, huevos fritos, con aquel apetito voraz que nunca más se ha visto en el mundo... Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías iguales a las que ellos traían en sus grandes bolsas... Por donde pasaban quedaba arrasada la tierra... Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las bardas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras.

PABLO NERUDA

PREFACIO

Gracias a la feliz iniciativa del director del Instituto Internacional de Periodismo José Martí, licenciado Guillermo Cabrera Álvarez, está tomando cuerpo la Cátedra de Periodismo Latinoamericano Gregorio Sélser, que lleva el nombre ilustre de uno de los más notables periodistas de nuestra América, al dar a conocer la labor periodística, en varios casos desconocida, de algunos de nuestros más reconocidos narradores y poetas.

La primera cátedra estuvo dedicada al novelista guatemalteco Miguel Ángel Asturias (1899-1974). El profesor, periodista y hombre de radio Guillermo Alvarado, nacido en la patria de Asturias, nos hizo depositarios de una revelación muy especial: ese gran novelista que fue Miguel Ángel Asturias, ese gran poeta que fue Miguel Ángel Asturias, ese gran dramaturgo que fue el Premio Nobel centroamericano, también fue un gran periodista.

Nosotros, quienes estamos vinculados a un Instituto Internacional de Periodismo de la talla del que lleva el nombre del Apóstol José Martí, estamos interesados de manera primordial en redescubrir las arterias más fecundas y caudalosas del periodismo de nuestro continente mestizo.

Por eso no solamente vamos a disertar sobre los grandes periodistas de América Latina, sino a mostrar que hubo también afamados escritores que ejercieron el periodismo, que por su condición de haber recreado las más profundas pasiones del ser humano a través de la novela, el cuento, la poesía y el teatro, posiblemente vieron opacado en sus biografías el noble oficio del periodismo.

Yo voy a poner solamente un ejemplo rutilante, aquí que hay asistentes de Colombia, y es el del poeta Porfirio Barba-

Jacob, uno de los mayores del modernismo hispanoamericano, poeta legendario, nómada y maldito, del cual tenemos la impresión que era un trashumante que vivía de cafetín en cafetín, entre sorbos de aguardiente y agonías mefíticas, y sin embargo ignoramos que era uno de los periodistas más completos de su tiempo: un cronista excelente, un editorialista mesurado, un brillante reportero y además, un visionario del destino de nuestra América, y sobre todo un antimperialista a carta cabal.

En México, donde pasó la mayor parte de su vida, Barba-Jacob es recordado como uno de los más insignes periodistas de aquel país. Constancia de sus innumerables textos en este género se encuentra en la enjundiosa bibliografía del poeta realizada por el polígrafo hondureño Rafael Heliodoro Valle.

Pues bien, ese podría ser también el caso especialísimo de uno de los poetas cardinales del siglo XX, de quien estamos celebrando el centenario de su nacimiento y de quien se desconoce casi de manera total su extraordinaria labor periodística: el chileno Pablo Neruda.

NERUDA A VUELO DE PÁJARO

Pablo Neruda (Parral, 1904–Santiago de Chile, 1973), seudónimo de Neftalí Ricardo Reyes Basoalto, no es un poeta, sino una docena de poetas, cada uno con universo propio, lenguaje particular y dimensiones específicas. En su libro de otoño, *Estravagario* (1958), exclama:

*Ahora me doy cuenta de que he sido
no solo un hombre sino varios.*

Como Whitman, el chileno fue siempre consciente de que al asumir el oficio de la poesía, su piel era la piel de todos los hombres de la tierra, a quienes contenía, sufría, celebraba e interpretaba, para transformarse al final en uno solo, en una sola palabra de amor que expresaba:

y me inclino a tu boca para besar la tierra...

Hay un Neruda adolescente de sello romántico, exaltado y jubiloso, que le hace decir:

*Ella, la que me amaba, se murió en primavera.
Y se llevó la primavera al cielo.*

Un Neruda de inequívoca raigambre modernista (con marcados rasgos parnasianos):

*Hoy que danza en mi cuerpo la pasión de Paolo
y ebrio de un sueño alegre mi corazón se agita;
hoy que sé la alegría de ser libre y ser solo
como el pistilo de una margarita infinita...*

Un Neruda de delirante sustancia sensual:

*Mi alma derramándose en tu carne extendida
para salir de ti más buena,*

*el corazón desparramándose
estirándose como una pantera...*

Un Neruda de clara aproximación al surrealismo:

*oh cielo tejido con aguas y papeles
comencé a hablarme en voz baja decidido
a no salir
arrastrado por la respiración de mis raíces
inmóvil navío ávido de esas lenguas azules*

Un Neruda hermético, «pez de las profundidades, extraño cetáceo», como dijera de él Alberti:

*estirando sus plantas conmovedora
de eso, de lo que solicitándose mucho,
de lo lleno, oscuro de pesadas gotas.*

Un Neruda vital, en plena posesión de su destino poético:

*En el fondo del pecho estamos juntos,
en el cañaveral del pecho recorreremos
un verano de tigres*

Un Neruda revelador de la realidad inmediata y violenta:

*Frente a vosotros he visto la sangre
de España levantarse
para ahogarnos en una sola ola
de orgullo y de cuchillos!*

Un Neruda político, militante comunista, que denuncia las impurezas del fascismo:

*Los que España quemaron y rompieron
dejando el corazón encadenado
de esa madre de encinos y guerreros
se pudren a tus pies, Stalingrado.*

Un Neruda arterial que reinventa dioses y mitos al encontrarse con su propio barro americano:

*El hombre tierra fue vasija, párpado,
de barro trémulo, forma de la arcilla,*

*fue cántaro caribe, piedra chibcha,
copa imperial o sílice araucana.*

Un Neruda jubiloso, viéndose amar en su primavera otoñal:

*A ti, amor, este día
a ti te lo consagro.
Nació azul, con un ala
blanca en mitad del cielo.
Llegó la luz
a la inmovilidad de los cipreses.*

Un Neruda crítico de la repugnante oligarquía criolla:

*héroes de la borrachera en el Club,
salteadores de banca y bolsa,
píjes, granfinos, pitucos,
apuestos tigres de Embajada,
pálidas niñas principales,
flores carnívoras, cultivos
de las cavernas perfumadas...*

Un Neruda elemental, simple, sencillito como un niño travieso:

*Se llena
de transparencia
la copa de la vida.
El trabajo espacioso
nos espera.
De un solo golpe nacen las palomas.
Se establece la luz sobre la tierra...*

Un Neruda paradójico en su humor otoñal, enfrentado a su propia máscara:

*Tengo miedo de todo el mundo,
del agua fría, de la muerte...
De tantos hombres que soy, que somos,
no puedo encontrar a ninguno:
se me pierden bajo la ropa...*

Un Neruda que celebra ferviente el triunfo de la revolución cubana:

*surge la mano de Fidel y en ella
Cuba, la rosa limpia del Caribe,
y así demuestra con su luz la Historia
que el hombre modifica lo que existe
y si lleva al combate la pureza
se abre en su honor la primavera insigne...*

Y un Neruda que vuelve el rostro a la poesía clásica, y a ritmo de gondolero canta el amor y la cotidianidad:

*Es la hora, amor mío, de apartar esta rosa
sombria,
cerrar las estrellas, enterrar la ceniza
en la tierra:
y en la insurrección de la luz, despertar
con los que despertaron
o seguir en el sueño alcanzando
la otra orilla del mar
que no tiene otra orilla...*

PABLO NERUDA, POETA, PERIODISTA Y POLÍTICO

Ahora bien: la primera inquietud a la que debo responder es la que corresponde al objetivo de esta cátedra: ¿de dónde saca que Pablo Neruda fue periodista?

No es casual que el primer texto que el niño-poeta de Parral publica en su vida sea un artículo periodístico. Se tituló «Entusiasmo y perseverancia», y apareció publicado en el diario *La Mañana* de Temuco el 18 de julio de 1917.

Dicho artículo está firmado por Neftalí Reyes (recordemos que su nombre completo es Neftalí Ricardo Eliécer Reyes Basoalto) y el autor acaba de cumplir trece años de edad.

Y a partir de entonces, todo lo largo de su vida literaria y política, Pablo Neruda alternará la creación literaria con el ejercicio del periodismo, ya sea como colaborador permanente u ocasional de revistas, periódicos y agencias de prensa, director, editorialista, comentarista de libros, cronista, corresponsal viajero, polemista o fundador de revistas de poesía o de divulgación ideológica de carácter marxista.

De esta manera, registramos que entre 1917 –fecha de su primera publicación periodística– y el año de su fallecimiento, 1973, el más célebre de los poetas del siglo XX estuvo vinculado a infinidad de medios de comunicación tanto de Chile y el resto de América Latina como de Europa, lo que lo hace acreedor a todos los méritos como periodista raso, periodista cabal y periodista de tiempo completo.

El diario *La Mañana* era de propiedad de su tío Orlando Masson, poeta y luchador social a quien el futuro Neruda admiraría desde su más tierna infancia. Desde las páginas impresas por las manos de humildes obreros el viejo Masson

denunciaba las injusticias de la localidad y combatía los abusos allí cometidos por quienes detentaban el poder.

La respuesta no se hizo esperar. Una noche, la edificación donde operaba el diario ardió entre llamaradas hasta que quedó reducida a cenizas. Era, sin duda, venganza criminal organizada por los corruptos denunciados.

El escritor chileno Volodia Teitelboim, quien es de manera indudable el mejor biógrafo de Neruda, dice que «el adolescente sintió aquel siniestro como una herida personal», pues en aquel diario había publicado no solamente su primer artículo, sino sus poemas de iniciación.

«Allí –agrega Volodia– imitó a los cajistas, se manchó los dedos con tinta y conoció el áspero olor ácido del antinomio». Además, «le dolía también la muerte de esa imprenta donde su revoltoso propietario había editado el primer libro de poesía publicado en toda la zona austral», un libro de poesía directa y rebelde titulado *Flores del Arauco*.

El joven Neruda, enamorado definitivamente de la palabra escrita, no tarda en buscar otros medios para publicar sus prosas y sus versos. En 1918 colabora con la revista *Corre-Vuela* de Santiago y en humildes boletines estudiantiles de Temuco, que se han envuelto en las tinieblas del olvido. También colabora febrilmente en la revista *Selva Austral* y en diversas publicaciones de poblaciones vecinas como Chillán y Valdivia.

Al terminar su bachillerato en el Liceo de Hombres de Temuco se traslada a Santiago, la capital de Chile, con el fin de cursar pedagogía en francés en el Instituto Pedagógico. De manera simultánea se enamora de su compañera de estudios Albertina Azócar y de la joven Teresa Vásquez. La primera es el amor ideal, no correspondido. La segunda es la pasión carnal, ardiente y terrenal. Las dos musas inspiran el más famoso de los libros del poeta adolescente: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, publicado en junio de 1924 cuando aún no ha cumplido sus veinte años.

Teresa es elegida reina y su enamorado le dedica un poema que titula «Salutación a la reina», el cual es profusamente promovido por diversos órganos de prensa de Chile.

En octubre de 1920, después de ensayar a firmar sus publicaciones con varios seudónimos –Kundalini, Lorenzo Rivas, Sachka y Sachka Yegulev–, resolvió adoptar el de «Pablo Neruda» de manera definitiva.

A partir de esta decisión intensifica sus artículos y reseñas de libros, y su nombre se torna familiar en los medios intelectuales de todo el país. Colabora en la revista *Juventud*, órgano de la Federación de Estudiantes, y más tarde en la revista *Claridad*, «órgano publicitario oficial» –según consta en la cronología preparada por Margarita Aguirre– de la misma federación.

En 1922 aparecen textos suyos en *Los Tiempos* de Montevideo, y al año siguiente en la revista *Dionysios*, dirigida por Aliro Oyarzún. Durante 1923 la revista *Claridad* registra 42 colaboraciones de Neruda, especialmente de textos de crítica literaria firmados con el seudónimo de Sachka.

En 1924 colabora en el diario *La Nación* de Santiago, y al año siguiente dirige la revista *Caballo de Bastos*. De la misma manera colabora en las revistas literarias *Andamios*, *Alí Babá*, *Dínamo* y *Renovación*.

Al ser nombrado en 1927 cónsul *ad honorem* en Rangún, Birmania, comienza a escribir una serie de crónicas de viaje que se publican en el diario *La Nación*. Estas crónicas consolidan el nombre de Neruda como el de un excelente periodista, además del portentoso poeta que ya se conoce. Colabora también en la revista *Zig-Zag* de Santiago, que dirige su amigo, el poeta Ángel Cruchaga Santa María.

Muchos años después, radicado en España, publica poemas y prosas periodísticas en *El Sol* de Madrid, en la *Revista de Occidente* y en *Cruz y Raya*. Estimulado por la aparición de *Octubre*, revista de poesía y revolución, dirigida por su entrañable amigo Rafael Alberti, funda Neruda *Caballo Verde para la Poesía*.

Al estallar la cruenta guerra civil en España en 1936, Neruda toma partido al lado de la República, comienza a escribir poesía política (recogida en *España en el corazón* y más tarde en *Tercera residencia*), organiza un histórico

congreso de escritores que se realiza en varias ciudades españolas y se clausura en París, y allí funda con la activista británica Nancy Cunard la revista *Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español*. De regreso a Chile funda y dirige en Santiago la revista *Aurora de Chile*.

En la década del cuarenta, siendo cónsul general de Chile en México, se valió de los periódicos de aquel país para defender las causas que siempre creyó justas y para fustigar a los enemigos del pueblo. Los diarios principales le abrieron las puertas al ya reconocido poeta para que publicara sus impresiones sobre la revolucionaria Tina Modotti, fallecida en la capital azteca y objeto de injurias e incomprensiones.

El 15 de julio de 1945 se afilia Neruda al Partido Comunista de Chile, y desde entonces colabora, hasta su muerte, en el diario *El Siglo*, órgano del Comité Central de ese partido. Desde allí escribe sus reflexiones, anotaciones cotidianas, creencias, devociones y adhesiones políticas, así como también fustiga a los adversarios, ataca a los fascistas y a los reaccionarios de todas las pelambres, y se defiende de los ditirambos de sus públicos o soterrados enemigos.

Elegido senador de la República por las provincias de Tarapacá y Antofagasta (1945-1948), ejerce su función parlamentaria con el mismo brillo y la notable inteligencia con que se conoce su creación poética y su actividad periodística.

El 30 de mayo de 1945 se edita el libro *Cuatro discursos*, donde aparece el de su debut senatorial, y años más tarde Leonidas Aguirre Silva compila la totalidad de la palabra nerudiana en el senado chileno bajo el título *Yo acuso. Discursos parlamentarios, 1945-1948*, aparecido en Editorial Antártica de Santiago, en coedición con la Editorial Oveja Negra de Bogotá, en el 2002.

En ese libro, entre proposiciones legislativas y denuncias valerosas, encontramos verdaderas joyas de la elocuencia nerudiana, especialmente aquellas en las que pone presente su amor y respeto al periodismo pleno, al auténtico, al que las fuerzas de la opresión siempre han querido censurar y amordazar por temor a la verdad y a la justicia histórica.

En uno de los discursos de Neruda, pronunciado a mediados de 1945, el poeta expresa: «En estos últimos tiempos asistimos a una campaña profunda de desquiciamiento, de desconocimiento y de desprecio hacia nuestro pueblo. Mientras algunos tratan de enaltecer la patria en su raigambre más esencial, es decir, en el pueblo, vemos que otros, *predicando desde un periodismo anacrónico* [la cursiva es mía], nos quieren hacer creer que en este país no hay esperanza, que los hombres, y en especial la clase obrera, son viciosos y perezosos y que no tenemos nada que conservar, ni siquiera la especie. Así se prepara desde adentro el debilitamiento interior que trajo a los nazis a sus rápidos y sangrientos, y por suerte, pasajeros triunfos».

Y agrega: «Desde diarios cuyo papel fabrican los obreros de Puento Alto, estos destructores de la fe civil, encerrados en confortables habitaciones, que quisiéramos multiplicar hasta que resguardaran a todos los chilenos, y que fueron construidas con cemento extraído con el duro trabajo de los obreros de El Melón, rodeados por artefactos fabricados o instalados por manos chilenas, después de beber el vino que desde los viñedos llevaron hasta la copa de cristal hecha por los obreros del sindicato Yungay, innumerables y anónimos trabajadores de nuestra propia estirpe, que también tejen la tela de nuestra ropa, manejan nuestros trenes, mueven nuestros navíos, conquistan el carbón, el salitre, los metales, riegan y cosechan, hasta darnos después de duro trabajo nocturno el pan de cada día, desde esos diarios cuyas linotipias han sido recién movidas por nuestros obreros, se denigra constantemente a este corazón activo y gigantesco de nuestra patria, que reparte la vida hacia todos sus miembros». Y termina diciendo: «Si leemos cada día ciertos periódicos que se dicen portavoces del amor, del patriotismo y de la noble ideología cristiana, corremos el peligro de envenenarnos inconscientemente, porque destilan el odio más reconcentrado y deliberado, como antiguos reptiles de otras edades geológicas que hubieran, por milagro, subsistido, acumulando retraso, rencor y veneno por edades incalculables».

Dos años más tarde, consumada la traición del presidente González Videla, quien decidió perseguir a los socialistas y comunistas –sus aliados en la elección presidencial–, Neruda denunció la censura de prensa impuesta por el gobierno, preludio de la guerra desatada contra los dirigentes y luchadores populares, que culminó con el desafuero senatorial de Neruda y su persecución a todo lo largo y ancho del país, acontecimiento que causó el repudio internacional hacia el régimen chileno.

En noviembre de 1947 el poeta había acudido a su entrañable amigo, el novelista venezolano Miguel Otero Silva, entonces director del influyente diario *El Nacional*, en Caracas, y allí publicó un importante documento donde denunciaba la censura de prensa impuesta un mes antes por González Videla a la prensa demócrata y popular, el cual tituló «Carta íntima para millones de hombres», lo que motivó la inmediata reacción del presidente chileno enjuiciando políticamente al senador Neruda.

Ya en el senado, el 14 de octubre de 1947 –diez días después de ser impuesta la censura a los periódicos populares–, Neruda había expresado en el parlamento de su país: «La censura de prensa no permite al país darse cuenta de la realidad y de la intimidad de los hechos. Todos los diarios de Concepción y varios periódicos de todo el país están censurados. Las radios de Concepción no pueden informar la verdad de lo que ocurre. Mientras tanto, *La Hora* y *La Nación* se han transformado en receptáculos de bajeza y varios de sus periodistas, antes “campeones de la libertad de prensa”, se han convertido en despreciables corifeos, en vulgares “pateros”, como los llama el pueblo. Aquí tengo ejemplares del diario *El Siglo*, aquel que en la campaña presidencial fuera el gallardo impulsor de una candidatura popular y al que debe el actual mandatario gratitud y respeto que no ha tenido, como lo voy a demostrar. Desde hace diez días *El Siglo* está sujeto a censura. Los censores se cambian, reclutados entre policía política, aquella que el presidente González prometió suprimir por inútil y corrompida y

que es hoy la columna favorita de su gobierno. *El Siglo* no puede publicar hoy que está bajo el régimen de censura. ¿Por qué no puede hacerlo? Voy a explicarlo al honorable senado: es para que el público crea que el Partido Comunista no se defiende de las calumnias que se le imputan, es para que los mineros se sientan abandonados, es para que no se conozca opinión alguna que no sea la de los diarios reaccionarios o la de los periodistas pagados por el gobierno».

La actuación parlamentaria de Neruda en favor de su pueblo y en defensa del periodismo auténtico es, en concepto de Volodia Teitelboim, un aporte indispensable para el conocimiento más pleno e integral de la vida, la obra y la acción de un chileno que sumó a su deslumbrante poesía el coraje militante.

El 24 de febrero de 1949, luego de permanecer oculto en Chile durante un año, Neruda sale del país cruzando la Cordillera de los Andes por la región austral. De Argentina pasa a Montevideo, Uruguay, donde aborda un barco que lo lleva a Europa. El 25 de abril aparece sorprendentemente –y ante el aplauso entusiasta de los centenares de asistentes– en la sesión de clausura del Primer Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, presentado por su amigo y camarada Pablo Picasso.

Su actividad literaria, política y periodística se multiplica a la par que sus viajes por la Unión Soviética, la República Popular China, los países de Europa oriental, Francia e Italia. Al mismo tiempo, su prestigio poético se consolida y sus libros se reeditan de manera infinita en editoriales de lengua española y se traducen a todos los idiomas cultos del mundo.

De regreso a Chile, después de tres años y medio de exilio, se instala en su casa de La Chascona, en donde vivirá desde entonces con su nueva esposa y musa, la chilena Matilde Urrutia. (Sus anteriores esposas son la holandesa María Antonieta Haagenar y la argentina Delia del Carril). Después

de su separación de Delia, compartirá su vida entre La Chascona y su legendaria casa de Isla Negra, edificada frente al Océano Pacífico.

El 12 de julio de 1954, día de su cincuenta cumpleaños, Neruda publicó el poemario titulado *Odas elementales*, libro nacido, según el ensayista chileno Eulogio Suárez, por una «provocación interior».

«El diario *El Nacional* de Caracas –explica Suárez en su importante estudio *Neruda total* (1988)–, que en aquel entonces dirigía su gran amigo el escritor venezolano Miguel Otero Silva, le solicitó, a finales de 1951, una colaboración semanal para su suplemento literario. Neruda aceptó entusiasmado, pero pidió que sus versos no aparecieran en la sección Artes y Letras, a la que estaban destinados, sino en las páginas de crónica, con el fin de que pudieran ser leídos por todo tipo de lectores. Estas odas periodísticas, sumadas a otras, conformaron su libro *Odas elementales*, al que se agregaron luego las *Nuevas odas elementales* y el *Tercer libro de las odas*».

Neruda confesó años más tarde que se había divertido mucho escribiendo estos poemas periodísticos, y una vez más demostró a sus lectores de todo el mundo que para un verdadero creador literario no hay mayor diferencia entre el arte y el periodismo.

En enero de 1962 Neruda da una vez más muestras de su extraordinaria capacidad periodística, esta vez como cronista de sus diversos ámbitos geográficos y memorialista de su propia parábola vital: publica en diez episodios la serie titulada *Las vidas del poeta. Memorias y recuerdos de Pablo Neruda*, la cual aparece en la prestigiosa revista *O Cruzeiro Internacional*, en Río de Janeiro.

Estas crónicas, amenas, directas, coloquiales, abundantes en anécdotas y llenas de humor, se recogerán años más tarde en su famoso libro de memorias aparecido póstumamente y que se publicó con el título de *Confieso que he vivido*, una

auténtica obra maestra del periodismo contemporáneo, donde cada párrafo, hermoso, preciso y mesurado, es una verdadera cátedra de cómo debe escribirse una crónica o un reportaje.

Ese límite, a veces inexacto, entre la realidad y la ficción, trazado con frecuencia por los cronistas más prestigiosos de nuestro tiempo (Sartre, Camus, Hemingway, García Márquez, Capote...), resulta felizmente asimilado por el insuperable prosista que es Pablo Neruda.

«Estas memorias o recuerdos –explica Neruda en la introducción de sus memorias– son intermitentes y a ratos olvidadizos porque así precisamente es la vida. La intermitencia del sueño nos permite sostener los días de trabajo. Muchos de mis recuerdos se han desdibujado al evocarlos, han devenido en polvo como un cristal irremediamente herido. Las memorias del memorialista no son las memorias del poeta. Aquel vivió tal vez menos, pero fotografió mucho más y nos recrea con la pulcritud de los detalles. Este nos entrega una galería de fantasmas sacudidos por el fuego y la sombra de su época. Tal vez no viví en mí mismo; tal vez viví la vida de los otros. De cuanto he dejado escrito en estas páginas se desprenderán siempre –como en las arboledas de otoño y como en el tiempo de las viñas– las hojas amarillas que van a morir y las uvas que revivirán en el vino sagrado. Mi vida es una vida hecha de todas las vidas: las vidas del poeta».

Y seguidamente da rienda suelta a las más amenas crónicas, textos políticos, reseñas, reportajes, reflexiones editoriales y noticias, que al ser unidas en la asombrosa totalidad de un volumen bibliográfico, constituyen esa obra magistral del periodismo que se llama, repetimos, *Confieso que he vivido*.

A Pablo Neruda le disgustaba tremendamente que discriminaran o condicionaran su poesía. Detestaba escuchar afirmaciones como: «yo prefiero el Neruda de los *Veinte poemas de amor...* al Neruda de los *Cantos a Stalingrado*». Él

decía: la poesía es una y yo, su autor, soy el mismo, el poeta amoroso, el surrealista, el hermético, el elemental, el comunista, el épico americano, el jocoso, el erótico...

Además, si para algunos chilenos resultaba brusco el viraje del vate romántico del lluvioso Temuco al combativo revolucionario de la *Tercera residencia*, *Canto general*, *Las uvas y el viento* y la *Canción de gesta*, para quienes lo conocieron en profundidad, su evolución fue el resultado de algo muy natural y muy normal en su conducta literaria y humana.

Nacido en Parral el 12 de julio de 1904, su familia se trasladó a Temuco poco después, donde su padre, antiguo agricultor y obrero, se desempeñaba como ferroviario de un tren de carga nocturno. En su adolescencia, el joven Neftalí Ricardo Reyes Basoalto fue agitador estudiantil, redactor y editorialista de la revista *Claridad*, la más combativa del Chile de la década del veinte. De esta sensibilidad social da fe en su tempranísimo libro *Crepusculario*, publicado en 1923 cuando apenas contaba dieciocho años.

Claridad era el órgano de la Federación de Estudiantes de Chile. Una noche, los «niños bonitos», los hijos de los oligarcas chilenos, asaltaron y destruyeron la sede de la federación. La policía, en vez de apresar a los asaltantes, lo hizo con los asaltados, entre los cuales estaba el joven poeta Domingo Gómez Rojas, quien después de sufrir horribles torturas enloqueció y murió en el calabozo. Neruda tomaba parte en todas las manifestaciones de protestas y mítines de aquella época. A estas rebeliones estudiantiles se sumaban los anarquistas y los anarcosindicalistas, entre ellos Juan Gandulfo –a quien Neruda debió la financiación de su primer libro–, Alfredo Demaría, Daniel Schweitzer y Santiago Labarca.

También se destacaban escritores revolucionarios como Roberto Meza Fuentes, poeta, director de la revista *Juventud* –tío de mi dilecto amigo Leonardo Cohen–, José Santos González Vera y Manuel Rojas, el famoso autor de la novela *Hijo de ladrón*. Otros, poetas y bohemios, durante el día eran activistas políticos y en las noches bebían los licores

del alma en las tiendas y quitapenas de los bajos fondos: Alberto Rojas Giménez, Álvaro Hinojosa, Homero Arce, Alirio Oyarzún...

Estamos hablando de 1917, año de la victoria revolucionaria de octubre en Rusia; del año 18, fin de la primera guerra mundial; de 1919, año de la revolución húngara de Bela Kun y de los primeros tiempos de la década del veinte, la década de las vanguardias... Neruda publica *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* en 1924 y conduce a sus últimas consecuencias las llamaradas del romanticismo y los artificios del modernismo.

En 1926, con veintidós años, publica tres libros: *Tentativa del hombre infinito* –poesía de escritura automática, sin Dios ni ley, sin orden ni concierto, carente de puntuación y sintaxis...– dos obras en prosa: la novela *El habitante y su esperanza* y un libro de estampas líricas, *Anillos*, escrito en coautoría con Tomás Lago. Escribe también un compendio de acendrado erotismo, *El hondero entusiasta*, que se publicará casi diez años después y comienza los primeros cantos de su revolución poética: *Residencia en la tierra*... Pero eso será después. Neruda se hundirá en un silencio de más de cinco años, durante los cuales cumplirá misiones diplomáticas en el Oriente y vivirá la desesperación de la soledad y el exilio en su temporada en el infierno, en Rangoon, Birmania; en Colombo, Ceilán; en Calcuta y Bombay, India; en Batavia, Java; y en Singapur.

A su regreso a Chile en 1932, el poeta, ampliamente reconocido en su patria, emprenderá nuevos periplos: Buenos Aires, Barcelona y Madrid. En esta última ciudad, por obra y gracia del espíritu heroico del pueblo español que hará frente a las hordas fascistas, nacerá el Pablo Neruda político, el Pablo Neruda revolucionario, el Pablo Neruda comunista.

Neruda en España es un joven rey de la poesía. Sus contemporáneos lo celebran, con la excepción envidiosa del gran Juan Ramón Jiménez y de otros autores de menor impor-

tancia. Del resto, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Manolo Altolaquirre, Jorge Guillén, Luis Cernuda, Pedro Salinas y el jovencísimo pastor de cabras Miguel Hernández, lo celebran y lo cantan.

Neruda, junto a su esposa holandesa y su pequeña hija Malva Marina, vive a plenitud este hermoso momento. Su amigo más fraternal e influyente es Rafael Alberti, quien junto con su bella esposa, la escritora María Teresa León, visita a diario a los Neruda. El autor de *Marinero en tierra* le presenta a la intelectual argentina Delia del Carril, quien casi de inmediato inicia un apasionado romance con el chileno.

Alberti, María Teresa y Delia son militantes comunistas, y Neruda aún se aferra a esa individualidad terca de los poetas «rilkistas» e «intelectualistas» de los que tanto se burlaría años después.

La monarquía había caído en 1931 y la República Española edificaba una nueva y bella España con el conjunto jubiloso y entusiasta de liberales, republicanos, socialistas y comunistas. Desde luego, también de los anarquistas. Pero la vida de España cambiaría, y claro, la vida de Neruda, a partir de una fecha fatídica: el 19 de julio de 1936, un día en el cual España se llenó de pólvora, cuando un oficial desconocido llamado Francisco Franco se rebeló contra la República, con la ayuda de Hitler y de Mussolini, desde su guarnición de Marruecos. Pero dejemos que sea el propio Neruda quien nos cuente: «Justamente cuando escribo estas líneas (1973), la España oficial celebra muchos –¡tantos!– años de insurrección cumplida. En este momento, en Madrid, el Caudillo vestido de oro y azul, rodeado de la guardia mora, junto al embajador norteamericano, al de Inglaterra y varios más, pasa revista a las tropas. Unas tropas compuestas en su mayoría de muchachos que no conocieron la guerra. Yo sí la conocí. ¡Un millón de españoles muertos! ¡Un millón de exiliados! ¡Parecía que jamás se borraría de la conciencia humana esa espina sangrante!».

Se refiere luego Neruda a una cita que, junto con un chileno llamado Bobby Deglané, tenía con García Lorca para asistir a

una función del circo local. Habla largamente de la grandeza del poeta granadino, del autor del *Romancero gitano* y de tantos poemas extrañamente maravillosos, de su corazón alado, de su bondad y su gracia, de su sencillez y felicidad de vivir. El 19 de julio de 1936, día de la cita, Federico no cumplió. Los chilenos lo esperaron en vano. En ese mismo momento había sido detenido por guardias fascistas y desaparecido.

Un mes después, el más amado y glorioso poeta de España era asesinado por la espalda sin ninguna justificación. Este crimen, que conmovió al mundo entero, no se perdonará jamás. El verbo militante de Alberti y de Miguel Hernández se desgarró en altivos cantos combatientes. Neruda comenzó a escribir una de sus obras capitales: *España en el corazón*.

Entre tanto, la División Azul del Tercer Reich bombardeaba Guernica, territorio sagrado de los vascos, atrocidad inmortalizada por Picasso. Las columnas de desterrados, de obreros, campesinos y humildes familias que iniciaban su diáspora hacia la frontera francesa, eran bombardeadas en centenares de ocasiones. Miguel Hernández buscó asilo en la embajada de Chile, y el entonces embajador, Carlos Morla Lynch, se lo negó. En cambio se lo otorgó a cuatro mil franquistas que lo habían solicitado mientras el curso de la guerra se volvía a favor de ellos. A Miguel Hernández lo detuvieron, lo encarcelaron, y tres años más tarde murió tuberculoso en una tenebrosa prisión en Alicante.

En 1937, sin embargo, en plena guerra, Neruda preparó y realizó contra viento y marea un gran congreso de escritores antifascistas, en el cual participaron, demostrando inmenso valor, autores de los cinco continentes, como Hemingway, Langston Hugues, Nicolás Guillén, Félix Pita Rodríguez, Juan Marinello, André Malraux, Raúl González Tuñón, Louis Aragón e Ilya Ehreburg, entre otros. El evento, protesta viva contra la barbarie nazifascista, funcionaba en Valencia, Madrid y otras ciudades españolas.

Un día Neruda llegó a su apartamento en compañía de otros poetas invitados al congreso, y lo encontró bombardeado, allanado, ametrallado, y la biblioteca convertida en escombros.

«Aunque el carnet de militante –escribe Neruda–, lo recibí mucho más tarde en Chile, cuando ingresé oficialmente al Partido (Comunista Chileno), creo haberme definido ante mí mismo como un comunista durante la guerra de España. Muchas cosas contribuyeron a mi profunda convicción».

Mientras las banderas de los republicanos, los socialistas y los anarquistas pululaban por la noche ciega de España, «los comunistas eran la única fuerza organizada que creaba un ejército para enfrentarlo a los italianos, a los alemanes, a los moros y a los falangistas. Y eran, al mismo tiempo, la fuerza moral que mantenía la resistencia y la lucha antifascista. Sencillamente, había que elegir un camino. Eso fue lo que yo hice en aquellos días y nunca he tenido que arrepentirme de una decisión tomada entre las tinieblas y la esperanza de aquella época trágica».

El 7 de noviembre de 1937 –fecha del vigésimo aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre– Neruda fue elegido presidente de la Alianza de Intelectuales de Chile, centro que, como bien lo afirma Volodia Teitelboim, era un colmenar que tenía núcleos en Iquique, Antofagasta, Valparaíso, San Felipe, Rancagua, Concepción, Temuco y otras ciudades de Chile. Era un motor de la solidaridad con España, apoyaba al Frente Popular que trabajaba por la candidatura de don Pedro Aguirre Cerda y creaba eventos perdurables como las ferias del libro.

Entre los intelectuales que integran la alianza encontramos a Volodia Teitelboim, Juvencio Valle, Alberto Romero, Ángel Cruchaga Santamaría, Humberto Díaz-Casanueva, Judith Weiner, Francisco Coloane, Carlos Vicuña Fuentes, Roberto Aldunate, Acario Cotapos, Luis David Cruz Ocampo, Gabriel Amunátegui, Guillermo Labarca, Rubén Azócar, Oscar Castro, Gerardo Seguel, Bernardo Leighton y Sergio Larraín.

Neruda vuelve a España y encuentra ya cerradas las puertas de la verdad. Entonces se dirige a París. Allí, junto al gran poeta peruano César Vallejo, funda el Grupo Hispano-

americano de Ayuda al Pueblo Español. Entre tanto, en pleno frente de batalla, soldados republicanos editan el libro *España en el corazón*, donde Neruda «explica algunas cosas», es decir, donde anuncia a sus lectores que ya, y para siempre, su destino ha tomado la ruta de la justicia social, al lado del pueblo, al lado de los oprimidos, al lado de los pobres de la tierra.

Poco después muere Vallejo en París, «con aguacero», lleno de melancolía, carcomido por la tuberculosis y habiendo rendido tributo a «sus muchas hambres», como lo expresara alguna vez Juan Larrea. Neruda le canta con profunda emoción: «Eras grande, Vallejo. Eras interior y grande, como un gran palacio de piedra subterránea».

El autor de *Trilce* y *Los heraldos negros* había sido, con su coterráneo José Carlos Mariátegui, uno de los fundadores del Partido Comunista Peruano. Ese mismo año muere en Temuco don José del Carmen Reyes, y Neruda viaja al funeral. Aquella noche del velatorio, mientras los deudos lloraban al recio ferroviario de Patagonia, Neruda se encerraba a escribir los primeros versos de lo que sería más tarde la más grande epopeya no solo de su trayectoria poética, sino del continente americano: el *Canto general*.

Al regresar a Chile trayendo en el vapor Winnipeg centenares de españoles refugiados que reharían sus vidas en el país austral, Neruda se dedica de lleno a dos asuntos fundamentales: la confección de dos libros que lo tenían obsesionado de tiempo atrás: *Tercera residencia* (que a su vez contiene: *Las furias y las penas*, *España en el corazón* y el *Canto a Stalingrado*, entre otros textos) y *Canto general*, y la participación activa en la política nacional.

Neruda es nombrado por el presidente Aguirre Cerda cónsul general de Chile en México. En ese año de 1940 el país azteca vive un vibrante momento cultural volcado hacia lo más arraigado del pueblo y de sus tradiciones. Uno de los estadistas más lúcidos y progresistas de América está al fren-

te de sus destinos: el general Lázaro Cárdenas, y el movimiento de los trabajadores es vigoroso como ninguno en el continente. Además, México, al igual que Chile y Colombia, acoge a millares de refugiados antifascistas provenientes de Europa, como Vittorio Vidale, el legendario Comandante Carlos, y su esposa, Tina Modotti, quien había sido compañera del dirigente revolucionario cubano Julio Antonio Mella.

Ya se ha iniciado la segunda guerra mundial y el comienzo de la década está marcado por las pírricas victorias iniciales de los nazis. Neruda acentúa la convicción marxista adquirida en España y escribe encendidos poemas políticos como el *Canto a Stalingrado*, en donde se duele de la soledad en que los soviéticos tuvieron que combatir a las poderosas huestes hitlerianas:

*Cuando miles de obuses tu corazón destrozan,
cuando los escorpiones con crimen y veneno,
Stalingrado,
acuden a morder tus entrañas,
Nueva York baila,
Londres medita
y yo digo merde,
porque mi corazón no puede más,
nuestros corazones no pueden más,
no pueden en un mundo
que deja morir solos a sus héroes.*

Cuando lo publica en afiches, un escritor joven de México, Octavio Paz, renegado reciente de la izquierda, escribe improperios contra Neruda. El chileno le contesta con un «Nuevo canto de amor a Stalingrado»:

*Yo escribí sobre el tiempo y sobre el agua,
describí el luto y su metal morado,
yo escribí sobre el cielo y la manzana,
ahora escribo sobre Stalingrado.*

[...]

*Yo sé que el viejo joven transitorio
de pluma, como un cisne encuadernado,*

*desencuaderna su dolor notorio
por mi grito de amor a Stalingrado.*

Cumplida su polémica y controvertida misión diplomática en México –luego de haber sido agredido por grupos nazis en Cuernavaca y acusado hasta de complicidad en el asesinato de Trotski–, Neruda regresa a Chile en septiembre de 1943, haciendo históricas escalas en Centroamérica, Colombia y Perú. En Bogotá es acogido por el presidente Alfonso López Pumarejo y numerosos intelectuales y poetas, al tiempo que recibe sulfurosos ataques del caudillo derechista Laureano Gómez, a los que el chileno responde con sus célebres *Sonetos punitivos*. En Perú se estremece con el redescubrimiento de Macchu Picchu, que le inspira esa portentosa catedral de palabras, esa soberbia «arquitectura de águilas perdidas».

En su patria se dedica a recorrer el largo y delgado mapa austral en compañía del legendario camarada Elías Laffertte. El 15 de julio de 1945 ingresa al Partido Comunista de Chile, en acto celebrado ante 7 000 asistentes, en el teatro Caupolicán de Santiago. Ese día memorable, Neruda y otros escritores y artistas «dieron por culminado un proceso interior de formación de convicciones revolucionarias que les había dictado la vida».

Acababa de terminar la segunda guerra mundial y la bestia nazi había sido derrotada. El Comité Central del Partido Comunista de Italia, bajo la dirección de Palmiro Togliatti, había ordenado la ejecución del duce fascista Benito Mussolini y el Coronel Valerio le acaba de dar el tiro de gracia junto con su amante en Milán. Neruda dijo, refiriéndose a Hitler: «Existió, hasta hace pocos días, un hombre demencial que, bajo el estandarte del anticomunismo, masacró y destruyó, mancilló y profanó, invadió y asesinó seres, ciudades, campos y aldeas, pueblos y culturas. Este hombre reunió fuerzas formidables que adiestró para hacer de ellas el más inmenso torrente de odio y de violencia que haya visto la historia del hombre. Hoy, junto a las ruinas de su nación, entre millones de muertos que arrastró a la tum-

ba, yace como una piltrafa, quemada, retorcida y anónima, bajo los escombros de su propia ciudadela, que en lo más alto sustenta ahora una bandera gloriosa, que sobre un fondo escarlata lleva una estrella, una hoz y un martillo. Y esta bandera, con los otros emblemas victoriosos, significa la paz y la reconstrucción de la ofendida dignidad humana».

Pero lo peor vendría poco después. Neruda ingresa al parlamento chileno como senador comunista por las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Mediante subterfugios y engaños demagógicos el candidato radical Gabriel González Videla ha sido electo presidente de la república, y a los pocos meses ha pagado el apoyo de los comunistas ilegalizando el partido, poniendo así en marcha un plan elaborado desde la Casa Blanca con el pretexto de combatir la expansión soviética en el mundo occidental.

Neruda es desafortunado de su dignidad senatorial y perseguido por todo el país. El poeta publica en los diarios del continente una «Carta íntima para millones de hombres» y más tarde un «Yo acuso», en el que desenmascara al traidor González Videla y a sus secuaces en la sucia aventura anticomunista.

Neruda se esconde para proteger la vida. Cada noche cambia de domicilio. El partido unánime lo refugia en las casas de camaradas y trabajadores. En esa vida clandestina que dura cerca de dos años, Neruda escribe su monumental obra *Canto general*, epopeya de América, diatriba contra las satrapías, las dictaduras y las oligarquías criollas, y canto limpio a sus libertadores y luchadores por la independencia. Las jaurías de González Videla lo buscan en vano como aguja por todos los puntos del país. Los comunistas lo protegen con una precisión asombrosa. No lo cuida el Ángel de la Guarda, sino el Ángel del Comité Central. Al fin logra burlar la vigilancia en la frontera y pasa a Argentina, cabalgando hasta la población de San Martín de los Andes. Sobre una pared escribió:

*Qué bien aquí se respira
en el paso del Lilpela*

*donde no llega la mierda
del traidor González Videla.*

Entre tanto, los camaradas chilenos quedaron con el encargo de imprimir el libro en forma clandestina, escondiendo los originales de las garras de los sabuesos que allanaban sus viviendas. Se hicieron cargo de la impresión los camaradas Américo Zorrilla; José Venturelli, pintor; Guillermo Labaste, obrero mueblista; Manuel Segundo Recabarren Rojas, prensista (fue detenido veinticinco años más tarde cuando la dictadura de Pinochet, lo mismo que sus hijos Manuel Guillermo y Luis Emilio, y su nuera Nalvia Rosa Mena Alvarado); el camarada Osorio, con la corrección de pruebas a cargo de Luis Corvalán y el costarricense Joaquín Gutiérrez, cuyas gloriosas carreras, política y literaria, respectivamente se conocen.

A principios de abril de 1949, durante el Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, celebrado en París, ante la sorpresa de los participantes y del mundo entero, apareció sonriente y libre el poeta chileno Pablo Neruda, dejando a González Videla y a sus testaferreros como unos soberanos cueros. Empieza para Neruda, el poeta comunista, una nueva etapa de su vida.

Neruda visita por primera vez a la Unión Soviética. Su emoción –más bien diría su conmoción– fue tal que escribió un extenso poema donde plasmó tales sentimientos. Está en su libro *Las uvas y el viento*, y comienza diciendo:

*Ancha es la Unión Soviética
como ninguna tierra.
Tiene espacio
para la más pequeña flor azul
y para la usina gigante.
Tiemblan y cantan grandes ríos
sobre su piel extensa.*

Y tiempo después escribe:

*Moscú
abrió sus calles,
me esperaba
su claridad nocturna,
su vino transparente.
Viva es la luz del aire
y encendida es la tierra.*

En 1953 es galardonado con el Premio Stalin de la Paz, conocido después como Premio Lenin. En adelante volvería a Moscú al año como jurado de ese galardón.

El mundo socialista lo cautiva: la China naciente marchando como millones de flores sonrientes de la más fresca cosecha de su historia; Mongolia, donde prueba un extraño licor de leche de yegua; Polonia, donde comió anguilas ahumadas; Rumania, donde los niños felices le dieron el tiro de gracia al conde Drácula; Checoslovaquia, donde puso una flor a los pies de la estatua de Jan Neruda; Hungría, donde escribió un bello y delicioso libro con Miguel Ángel Asturias, bebiendo el vino de sus arenas de oro; Alemania Democrática, donde se pudrió para siempre la bestia nazi; Bulgaria, donde se inclinó a contemplar a Dimitrov dormido... Y en medio de aquella alegría desplegada por la vasta primavera de los pueblos, el poeta siente la nostalgia de su Chile amado y lejano...

Llega a Italia, a la isla de Capri, donde el exilio se dulcifica con el amor clandestino que emerge hacia la luz, el definitivo, el que le pone nombre al amor, el de Matilde Urrutia:

*Te vas a romper los zapatos
pero vas a crecer en la marcha.
Tienes que andar sobre las espinas
pisando gotitas de sangre.
Bésame de nuevo, querida.
Limpia ese fusil, camarada...*

Y el volver siempre a su Chile, a sus gentes, a su partido, a su palabra:

*Escribí, escribí solo
para no morirme.
[...]
Regresé de mis viajes.
Besé a todos,
las mujeres, los hombres,
y los niños.
Tuve Partido, patria.
Tuve estrella.
Se colgó de mi brazo la alegría.
[...]
Y en el desierto o junto
a la que amaba
o acosado, buscándome
la policía,
hice versos sencillos
para todos los hombres
y para no morirme...*

En 1960 publica *Canción de gesta*, el primer libro de poesía escrito en el mundo en homenaje a la revolución cubana. Allí, con su verbo prodigioso y poderoso cantó el valor y el heroísmo que hizo posible el triunfo de los guerrilleros de la Sierra Maestra, el que dio a Cuba, para siempre, su independencia y soberanía:

*Fidel, Fidel, los pueblos te agradecen
palabras en acción y hechos que cantan.
Por eso desde lejos yo te ofrezco
una copa de vino de mi patria.
[...]
Está la copa, tómala Fidel.
Está llena de tantas esperanzas
que al beberla sabrás que tu victoria
es como el viejo vino de mi patria...
[...]
Y si se atreven a tocar la frente
de Cuba por tus manos libertada*

*encontrarán los puños de los pueblos,
sacaremos las armas enterradas,
la sangre y el orgullo acudirán,
a defender a Cuba bienamada.*

Sus encuentros con Fidel y el Che están consignados en detalle en su libro de memorias. Neruda siempre se sintió halagado de saber que en las montañas de Bolivia el Che guardó en su mochila hasta el último momento su libro *Canto general*.

En 1969 el Comité Central del Partido Comunista de Chile lo designa candidato a la presidencia de la república, aprobando así una proposición del subsecretario general, Oscar Astudillo. Al saberse la noticia, el pueblo se volcó a las calles con globos, pañuelos, banderas, estandartes, antorchas y fuegos artificiales. Se realizó de inmediato un acto artístico en el cual cantaron Víctor Jara y Patricio Manns, con actuaciones especiales de Rolando Alarcón, Héctor Pavez, el Aparcoa y el Conjunto Millaray con Gabriela Pizarro. Neruda emocionado dijo entonces: «Esta candidatura no será guardada como una joya en una caja de cristal, sino que será eminentemente activa, se desplazará por todo el territorio y se convertirá en un mandato cuando la tome el pueblo en sus manos para imponer la Unidad Popular en cada provincia, en cada aldea, mina o campo».

Cuando esto ocurrió –dice Volodia Teitelboim–, Neruda entregó satisfecho su antorcha a Salvador Allende, quien a su vez fue elegido presidente de Chile el 4 de septiembre de 1970. Entre esa fecha y la de su posesión, en diciembre, un general derechista de apellido Viaux quiso revivir las oscuras maniobras de Mola, Sanjurjo y Franco en España, al intentar un golpe de estado. Paga con su vida el general René Schneider. Allende toma posesión bajo la mirada amenazante del presidente norteamericano Richard Nixon y del secretario de Estado Henry Kissinger. Los dos confesarían

años después en sus respectivas memorias que la figura de Salvador Allende les causaba repulsión personal.

Neruda es nombrado embajador en Francia. El poeta se ve envejecido, enfermo, un poco cansado. El 21 de octubre de 1971 la extensa y fecunda carrera literaria de Pablo Neruda se ve felizmente coronada con el otorgamiento del Premio Nobel de Literatura. El mapa de Chile se estremece de uno a otro confín. América y el mundo vibran de emoción.

Poco después, Neruda renuncia a la embajada y de regreso a su país recibe el multitudinario homenaje de su pueblo en el Estadio Nacional de Santiago. Está seriamente enfermo, aunque el mal que lo acosa es controlable. Previendo el vuelo de cuervos proveniente de la Casa Blanca, comienza a escribir su último libro de poesía política: *Incitación al nixonicidio y alabanza de la Revolución Chilena*:

*Y así llegué con Allende a la arena:
al enigma de un orden insurgente
a la legal Revolución chilena
que es una roja rosa pluralista.
Y fue con mi Partido Comunista
(bello como un desfile proletario)
cuando en el mundo un día sobrevino
este camino revolucionario.
Hacia los pueblos alzo nuestro vino
con la copa a la altura del destino...*

En este libro Neruda les pide a los poetas progresistas del mundo que alisten sus sonetos y sus tercetos y apunten hacia el genocida de la Casa Blanca sus armas secretas:

*Al criminal emplazo y lo someto
a ser juzgado por la pobre gente.
Por los muertos de ayer, por los quemados,
por los que ya sin habla y sin secreto
ciegos, desnudos, heridos, mutilados
quieren juzgarte, Nixon, sin decreto...*

Tira sus dardos certeros contra *El Mercurio*, los Viaux y los Pillarines, los Edwards, los Alessandris y las señoras cacerolinas.

El 12 de julio de 1973 el poeta cumple sesenta y nueve años. Sus amigos lo visitan, lo miman sus seres queridos, sus camaradas... Allí están Luis Corvalán, Volodia Teitelboim, Gladys Marín, Rosendo Huenumán. También, lo entrevista Ligeia Balladares. En agosto presiente la inminencia del golpe. «Tal vez no sea tan horrible» –le dice Matilde para consolarlo. «No –le responde Pablo–. Es el fascismo».

El 11 de septiembre ocurre lo inevitable. Doce días después, el poeta deja de existir en medio de la mayor tragedia política y social en la historia de su país. «Su definición política –escribió su entrañable amigo Julio Cortázar pocas semanas después del deceso de Neruda–, que tanto malentendido innoble haría surgir (y pudrir) en América Latina, tiene la necesidad y la llaneza del cumplimiento amoroso, de la posesión en la entrega última, y es fácil advertir que el signo ha cambiado, que a la lenta, apasionada enumeración de los frutos terrestres por boca de un hombre solitario y melancólico, sucede ahora la insistente llamada a recobrar esos frutos jamás gozados o injustamente perdidos, la proposición de una poesía de combate lentamente forjada desde la palabra y desde la acción [...]. Habría que estar ciego y sordo para no sentir que esas páginas fueron escritas hace dos meses, hace quince días, anoche, ahora mismo, escritas por un poeta muerto, escritas para nuestra vergüenza, y acaso, si alguna vez lo merecemos, para nuestra esperanza».

Y agregé el Gran Cronopio estas palabras que hago mías en el año jubilar del autor de la *Oda al nacimiento de un ciervo*: «Esto que he escrito es mi presencia junto a él y junto a Chile. Sé que un día volveremos a Isla Negra, que su pueblo entrará por esa puerta y encontrará en cada piedra, en cada hoja de árbol, en cada grito de pájaro marino, la poesía siempre viva de ese hombre que tanto lo amó».

Yo creo que nadie se ha referido, o muy pocas personas, es decir, tal vez Volodia Teitelboim, Hernán Loyola, Emir Rodríguez Monegal, de pronto, Margarita Aguirre o Antonio Skármeta, han tocado, aunque de manera tangencial, el tema de Neruda periodista. Pero muy por encima, diría yo, muy superficialmente han tocado esta veta periodística de Pablo Neruda. Tan desconocida pero tan abundante, y desde luego, tan importante para la literatura y la historia de nuestro tiempo, como se comprobó después, en su libro de memorias.

**TEXTOS PERIODÍSTICOS
DE PABLO NERUDA**

NERUDA POR NERUDA

Por mi parte soy o creo ser duro de nariz, mínimo de ojos, escaso de pelos en la cabeza, creciente de abdomen, largo de piernas, amarillo de tez, generoso de amores, imposible de cálculos, confuso de palabras, tierno de manos, lento de andar, inoxidable de corazón, aficionado a las estrellas, mareas, maremotos, admirador de escarabajos, caminante de arenas, torpe de instituciones, chileno a perpetuidad, amigo de mis amigos, entremetido entre pájaros, mal educado en casa, tímido en los salones, audaz en la soledad, arrepentido sin objeto, horrendo administrador, navegante de boca, yerbatero de la tinta, discreto entre los animales, afortunado en nubarrones, investigador en mercados, oscuro en las bibliotecas, melancólico en las cordilleras, incansable en los bosques, lentísimo en la contestación, ocurrente años después, vulgar durante todo el año, tigre para dormir, sosegado en la alegría, inspector del cielo nocturno, trabajador invisible, desordenado persistente, valiente por necesidad, cobarde sin pecado, somnoliento de vocación, amable de mujeres, activo por padecimiento, poeta por maldición y tonto de capirote.

El Siglo

Santiago de Chile, 12 de julio de 1969

MUERTE AL INVASOR, DE ILYA EHRENBURG

Lo más implacable y lo más dulce de Ilya Ehrenburg vive en estas hojas de gran escritor, en este libro con forma y pólvora de obuses, en este volumen alto y rencoroso, ardiente y amargo como tenía que serlo. Yo me muero de cólera viendo al jovencito azteca, viendo al jovencito cubano o argentino endilgarnos su retahíla sobre Kafka, sobre Rilke y sobre Lawrence mientras en la tierra malherida la cabeza plateada de Ehrenburg se agacha, iluminada por la inteligencia, azotada por el odio, para legarnos estas montañas de padecimientos humanos y estos caminos presentes y futuros.

Jóvenes de posición azul, envejecidos súbitamente por una obscena preocupación de «poesía pura», olvidan en este momento sus más elementales deberes humanos. La fuerza, la maldad, la servidumbre, el horror pasean sus banderas terribles sobre nuestras cabezas. Vemos caer y borrarse los pasos del héroe. Vemos, como está descrito en este libro y para siempre, depositarse la ciénaga sobre lo que fue esplendor.

Quien en esta hora no es un combatiente es un cobarde.

No nos corresponde en este tiempo explosivo buscar la mejor espiga del pasado ni explotar los rincones del sueño. La vida y la lucha de los hombres ha asumido tales proporciones de grandeza que solo en nuestra época y en nuestra lucha viven las fuentes de todo lo expresable.

Este reportaje de Ehrenburg, estas páginas, describen un infierno que Alighieri hubiera grabado con su misma pasión, y el viento del odio hubiera hecho volar la espaciosa espuma de sus tercetos para llegar a esta prosa acribillada en que la muerte y la esperanza suben como savias gemelas desde la tierra hasta las hojas sangrientas.

Los que lean este libro verán también, como desde hace años muchos hombres hemos visto, a la Unión Soviética, en una alborada de fuerza y de pureza.

El milagro de la Gran Resistencia no es un acontecimiento sobrenatural, es un milagro material, espiritual y, por fin, verdaderamente humano.

La división de los panes, hecha en la vasta extensión de la URSS por el gran Partido Comunista, único partido del Hombre, es un milagro imperecedero y terrenal, no aprovechado y destruido después por una casta maléfica de sacerdotes, sino extendido en la profundidad y en la distancia de los seres hasta los límites de la naturaleza. La división de los panes realizó más tarde el milagro de la multiplicación de los fusiles.

En estas páginas de soberanía acongojada, los fusiles y los panes de un nuevo mundo –no el Nuevo Mundo que ciertos fakires paradisíacos y mesiánicos nos quieren regalar– brillan como centellas en la noche negra, centellas salidas de la luz inmortal que viene de Rusia y de su combate que es el nuestro.

Ciudad de México, 1943

SEMBLANZA DE ALEJANDRO LIPSCHUTZ

El hombre más importante de mi país vive en una vieja casa que enfrenta la gran cordillera. Desde el fondo de su jardín suele sentarse a contemplar los inmensos muros de piedra nevada que nos aíslan, haciéndonos daño, y nos preservan, haciéndonos bien. Se ve muy frágil mi amigo, con la mirada puesta en la colosal blancura, y su cabeza y su barba blanca parecen un pequeño pétalo caído desde la magnitud de la nieve.

Pero, aunque nórdico originario, tiene poco o nada que ver este gran hombre frágil con la nieve. Más bien podría buscársele parentesco con el fuego. Esta comparación parecería simplista y, desde luego, es solo el parcial parecido de un alma tan abundante. Él tiene, en realidad, la condición del fuego cuando destruye y hace cenizas prejuicios, sinrazones y confabulaciones, por más antiguas que ellas sean. Las busca, las escarmena, las quema, las hace cenizas. En esto se parece al fuego, tiene esa crepitante energía.

El fuego es impaciente, devora sin continuidad. Se aleja, bailando, de su propia obra. Pero nuestro amigo, en su vieja casa de Los Guindos, no solo reduce a cenizas la necedad y la mentira, sino que establece la verdad cristalina construyéndola con todos los materiales del conocimiento. Si bien es un impaciente enemigo de la falsedad es también el más porfiado investigador de la razón.

Para mí, su humilde vecino de las proximidades de la montaña nevada, paraje en el que convivimos durante muchos años, fue siempre mi sorprendente admiración y la revelación sucesiva de la grandeza y la belleza. Siempre pensamos los niños provincianos que los sabios tenían za-

patos de bronce, guantes de mármol y pesadas contexturas de estatuas. Los sabios, para nosotros los niños tontos, tenían pensamientos de piedra. Y como tontos que éramos crecimos admirando falsos sabios de piedra que acumularon pesados y repetidos pensamientos. Mi vecino me dio la sorpresa del eterno descubrimiento, del continuo florecer, de la incesante curiosidad, de la justiciera pasión, de la perpetua alegría del conocimiento.

Recuerdo una vez, y era tarde, y desde los altos Andes habían bajado cubriendo nuestras vecinas habitaciones las tinieblas frías del invierno de Chile. Aquel día lo había visto yo a mi amigo en su laboratorio y había soportado el tormento de que me mostrara uno a uno tumores y probetas, cifras hormonales, pizarras llenas de números: todos los elementos de su lucha fructífera con el cáncer que es, en nuestros días, la lucha contra el demonio. No hay duda que allá estaba como un arcángel blanco batallando con su espada incomprensible contra las tinieblas del organismo humano.

De pronto sonó el teléfono, en la noche. Era su voz que me decía, excusándose con la extrema cortesía que es el escudo de su noble audacia: «No puedo, Pablo, resistir. Debo transmitirle esta maravillosa poesía», y por quince minutos, trabajosamente, me tradujo verso por verso, páginas y páginas de Lucrecio. Su voz se elevaba con el entusiasmo. En verdad, la espléndida esencia materialista me pareció flagrante, instantánea, como si desde la casa de Los Guindos la más antigua sabiduría y poesía iluminaran, en la sombra de mi ignorancia, el amanecer nuclear, el despertar del átomo.

Junto con mandarme, poco después, versos burlescos y flores de su jardín que yo retribuí también con poesía y flores, se apasionó por la recóndita historia de América. Este luchador inexpugnable se preocupa tan pronto de Gonzalo Guerrero, marinero de Palos, que se asimiló a la vida de los mayas en plena guerra imperial, como de las viejas tribus araucanas, de su condición y precarias protecciones legales. Cada uno de sus trabajos no solo defiende, acusa, fundamenta, sino que propone todas las normas de la futura con-

sideración de los entrecruzados problemas indígenas y sus derivaciones filosóficas, raciales, sociales y políticas.

Y poéticas, yo diría. Hay tal intensidad en el minucioso planteamiento de todas sus tesis, proposiciones, esclarecimientos y verdades que nos comunica su generosidad, que tiembla la tierra, a pesar de sus mesuradas palabras. Porque cada una de sus acciones tiene raíces indestructibles. Es el gran iluminador marxista de regiones oscurecidas de nuestra historia, oscurecidas por la charlatanería sin sustancia o por la interesada vileza. Por lo tanto, sus palabras despiertan, como las revelaciones poéticas, la contra ola del furor, la estéril espuma reaccionaria. Sobre esos oleajes del pasado, nuestro inextinguible amigo trabaja a plena conciencia dándonos tanta luz que aún somos incapaces de medirla.

El hombre más importante de Chile no mandó nunca regimientos, no ejerció nunca un ministerio, no mandó, sino que fue mandado en una universidad de provincia. Sin embargo, para nuestra conciencia, él es un general del pensamiento, un ministro de la creación nacional, el rector de la universidad del porvenir.

El más universal de los chilenos nació lejos de estas tierras, de estas gentes, de estas cordilleras. Pero nos ha enseñado más que millones de los que aquí nacieron: nos ha enseñado no solo ciencia universal, método sistemático, disciplina de la inteligencia, devoción por la paz. Nos ha enseñado la verdad de nuestro origen mostrándonos el camino nacional de la conciencia. Y su sabiduría nos revela que la exactitud, la plenitud y la pasión pueden convivir con la justicia y la alegría.

El hombre más importante de mi país en estos años en que escribo es don Alejandro Lipschutz, vecino de Los Guindos, suburbio de Santiago de Chile. En estos días cumple ochenta años de vida y me siento orgulloso de dejar aquí este débil retrato escrito de un alma ardiente, de un sabio verdadero. Mi orgullo es, además, decir aquí que aunque ya casi nunca nos vemos desde que yo me vine a vivir a mi Isla

Negra, seguimos siendo los sencillos amigos que se intercambian de casa a casa hallazgos nuevos, flores y poesía.

Estas palabras fueron escritas originalmente por Pablo Neruda como un homenaje al autor, al cumplir sus ochenta años, en Santiago de Chile, 1963.

EL OFICIO CIUDADANO, DE VOLODIA TEITELBOIM

«Era en los años de los Ford de bigotes, de los caballeros de bastón y polainas y las damas de sombreros emplumados. Apagados los fuegos de la guerra que creyeron «la última», la gente respiraba a sus anchas, llena de ilusiones, sin darse cuenta de que la paz había nacido tarada con el cáncer bolchevique, destinado a contagiar a los vagos, a los flojos, a los incapaces, a los patanes, a los maleantes, a los resentidos, a los fracasados, a los envidiosos y a los violentos. La minoría negativa del género humano, su peso muerto, iba a levantarse con la pretensión monstruosa de dirigir el mundo».

Párrafo de un artículo firmado por E.B., publicado en *El Mercurio* de Santiago de Chile, el domingo 17 de diciembre de 1972.

Entre estos tarados, patanes, maleantes, incapaces y fracasados, fueron o son comunistas hombres como Máximo Gorki, super-hombres como Gagarin y los primeros cosmonautas, constructores de aviones como Tupolev, científicos como Joliot-Curie, pintores como Pablo Picasso, Henri Matisse, Fernand Léger, tapiceros de genio como Lurcat, artistas sobrecogedores como Paul Robeson, escritores como Anatole France, Henri Barbusse, Vladimir Maiakovski, Louis Aragon, Paul Eluard, Bertolt Brecht, Mariátegui, César Vallejo, políticos como Lenin, Jorge Dimitrov, Antonio Gramsci, Ho Chi Minh, Luis Emilio Recabarren. Humildemente, yo estoy en el número de esos tarados del cronista mercurial. Y, por

supuesto, el insigne ciudadano, el ensayista impecable, el senador de la inteligencia, el escritor chileno Volodia Teitelboim.

¿Para qué burlarnos, por qué ofendernos los comunistas de estas demostraciones del nivel intelectual de nuestros adversarios? Ellos se retratan en su irreconocimiento, en su petrificación, en su deliberado analfabetismo, en su antropofagia mental. Son víctimas de su propia sombra, de las tinieblas que procrearon interesadamente como poderosos propietarios o desinteresadamente como mercenarios ingenuos y apresurados. No tuvieron, uno ni otros, tiempo para darse cuenta de una inmensa y nueva humanidad que comienza, de un humanismo que atesora lo supremo del pasado y las victoriosas posibilidades del presente y del después.

Decir que Volodia Teitelboim es un ciudadano avizorador y aclarador no es decir nada nuevo para los chilenos. Todo el país conoce su pensamiento exigente y su soberana expresión. Muy pocas veces el senado, a pesar de sus orígenes patricios y de su larga trayectoria republicana, ha escuchado razonamientos más elevados, argumentos más considerables, defensas más apasionadas y rigurosas de los derechos de nuestro pueblo, de tal manera que su inteligencia se ha convertido en la conciencia cívica de nuestra patria. Hasta sus adversarios más enconados reconocen su profundidad y su fulgor.

Siempre cerca de una continua producción literaria, poesía en un comienzo, más tarde prosa novelesca, ahora desprende algunas hojas de su innumerable árbol meditativo y nos entrega una rama de brillante sabiduría. Están marcadas tanto por la serenidad superior de su inteligencia, como por su apasionado afán justiciero: están recién desprendidas de una permanente construcción en movimiento y sustentan la huella terrestre de los días y de los combates tanto como la luz visible de su estrella. Es un hombre terrestre y estrellado: todas las calidades de la verdad y de los sueños conforman el magnetismo de su palabra y de estas páginas.

Sería difícil para mí hablar públicamente de mi admirable compañero que en la intimidad me ha prodigado la ayuda, el consejo, aclarándome situaciones y conflictos que a mí solo pudieron naufragarme. Pero no solamente se trata de un reconocimiento fraternal, sino de un reconocimiento más explícito, más iluminador y más vasto: ha dado una nueva dimensión a la política de Chile. Y tal cosa no es frecuente, ya que en bancadas y en tribunas públicas proliferan tantos seres tristemente reducidos, amargamente anacrónicos.

Abro las puertas de estos testimonios ciudadanos de Volodia Teitelboim con mucho respeto y con mucho amor: mi respeto hacia la probidad intelectual de mi gran compañero y mi amor hacia una causa que compartimos con orgullo.

Isla Negra, diciembre de 1972

CEILÁN

Ceilán, la más bella isla grande del mundo, tenía hacia 1929 la misma estructura colonial que Birmania y la India. Los ingleses se encastillaban en sus barrios y en sus clubs, rodeados por una inmensa muchedumbre de músicos, alfareros, tejedores, esclavos de plantaciones, monjes vestidos de amarillo e inmensos dioses tallados en las montañas de piedra.

Entre los ingleses vestidos de *smoking* todas las noches, y los hindúes inalcanzables en su fabulosa inmensidad, yo no podía elegir sino la soledad, y de ese modo aquella época ha sido la más solitaria de mi vida. Pero la recuerdo igualmente como la más luminosa, como si un relámpago de fulgor extraordinario se hubiera detenido en mi ventana para iluminar mi destino por dentro y por fuera.

Me fui a vivir a un pequeño *bungalow*, recién edificado en el suburbio de Wellawatha, junto al mar. Era una zona despoblada y el oleaje rompía contra los arrecifes. De noche crecía la música marina.

Por la mañana, el milagro de aquella naturaleza recién lavada me sobrecogía. Desde temprano estaba yo con los pescadores. Las embarcaciones provistas de larguísimos flotadores parecían arañas del mar. Los hombres extraían peces de violentos colores, peces como pájaro de la selva infinita, unos de oscuro azul fosforescente como intenso terciopelo vivo, otros en forma de globo punzante que se desinflaba hasta convertirse en una pobre bolsita de espinas.

Contemplaba con horror la masacre de las alhajas del mar. El pescado se vendía en pedazos a la pobre población. El machete de los sacrificadores cortaba en trozos aquella

materia divina de la profundidad para transformarla en sangrienta mercadería.

Andando por la costa llegaba al baño de los elefantes. Acompañado por mi perro no podía equivocarme. Del agua tranquila surgía un inmóvil hongo gris, que luego se convertía en serpiente, después en inmensa cabeza, por último en montaña con colmillos. Ningún país del mundo tenía ni tiene tantos elefantes trabajando en los caminos. Resultaba asombroso verlos ahora –lejos del circo o de las barras del jardín zoológico–, cruzando con su carga de madera de un lado a otro, como laboriosos y grandes jornaleros.

Mis únicas compañías fueron mi perro y mi mangosta. Esta, recién salida de la selva, creció a mi lado, dormía en mi cama y comía en mi mesa. Nadie puede imaginarse la ternura de una mangosta. Mi pequeño animalito conocía cada minuto de mi existencia, se paseaba por mis papeles y corría detrás de mí todo el día. Se enrollaba entre mi hombro y mi cabeza a la hora de la siesta y dormía allí con el sueño sobresaltado y eléctrico de los animales salvajes.

Mi mangosta domesticada se hizo famosa en el suburbio. De las continuas batallas que sostienen valientemente con las tremendas cobras, conservan las mangostas un prestigio alto mitológico, yo creo, tras haberlas visto luchar muchas veces contra las serpientes, a las que vencen solo por su agilidad y por su gruesa capa de pelo color sal y pimienta que engaña y desconcierta al reptil. Por allá se cree que la mangosta, después de los combates contra sus venenosos enemigos, sale en busca de las hierbecitas del antídoto.

Lo cierto es que el prestigio de mi mangosta –que me acompañaba cada día en mis largas caminatas por las playas– hizo que una tarde todos los niños del arrabal se dirigieran a mi casa en imponente procesión. Había aparecido en la calle una atroz serpiente, y ellos venían en demanda de Kiria, mi famosa mangosta, cuyo indudable triunfo se aprestaban a celebrar. Seguido por mis admiradores –bandas enteras de chiquillos tamiles y cingaleses, sin más trajes que sus taparrabos–, encabecé el desfile guerrero con mi mangosta en los brazos.

El ofidio era una especie negra de la temible *pollongha*, o víbora de Russell, de mortífero poder. Tomaba el sol entre las hierbas sobre una cañería blanca de la que se destacaba como un látigo en la nieve.

Se quedaron atrás, silenciosos, mis seguidores. Yo avancé por la cañería. A unos dos metros de distancia, frente a la víbora, largué mi mangosta. Kiria olfateó el peligro en el aire y se dirigió con lentos pasos hacia la serpiente. Yo y mis pequeños acompañantes contuvimos la respiración. La gran batalla iba a comenzar. La serpiente se enrolló, levantó la cabeza, abrió las fauces y dirigió su hipnótica mirada al animalito. La mangosta siguió avanzando. Pero a escasos centímetros de la boca del monstruo se dio cuenta exacta de lo que iba a pasar. Entonces dio un gran salto, emprendió vertiginosa carrera en sentido contrario, y dejó atrás serpiente y espectadores. No paró de correr hasta llegar a mi dormitorio.

Así perdí mi prestigio en el suburbio de Wellawatha hace ya más de treinta años.

De Confieso que he vivido, 1974

RECUERDOS DE TINA MODOTTI

Cuando quiero recordar a Tina Modotti debo hacer un esfuerzo, como si tratara de recoger un puñado de niebla. Frágil, casi invisible. ¿La conocí o no la conocí?

Era muy bella aún: un óvalo pálido enmarcado por dos alas negras de pelo recogido, unos grandes ojos de terciopelo que siguen mirando a través de los años. Diego Rivera dejó su figura en uno de sus murales, aureolada por coronaciones vegetales y lanzas de maíz.

Esta revolucionaria italiana, gran artista de la fotografía, llegó a la Unión Soviética hace tiempo con el propósito de retratar multitudes y monumentos. Pero allí, envuelta por el desbordante ritmo de la creación socialista, tiró su cámara al río Moscova y se juró a sí misma consagrar su vida a las más humildes tareas del Partido Comunista. Cumpliendo este juramento la conocí yo en México y la sentí morir aquella noche.

Esto sucedió en 1941. Su marido era Vittorio Vidale, el célebre comandante Carlos del 5° Regimiento. Tina Modotti murió de un ataque al corazón en el taxi que la conducía a su casa. Ella sabía que su corazón andaba mal, pero no lo decía para que no le escatimaran el trabajo revolucionario. Siempre estaba dispuesta a lo que nadie quiere hacer: barrer las oficinas, ir a pie hasta los lugares más apartados, pasarse las noches en vela escribiendo cartas o traduciendo artículos. En la guerra española fue enfermera para los heridos de la República.

Había tenido un episodio trágico en su vida, cuando era la compañera del gran dirigente juvenil cubano Julio Antonio Mella, exiliado entonces en México. El tirano Gerardo Machado mandó desde La Habana a unos pistoleros para que ma-

taran al líder revolucionario. Iban saliendo del cine una tarde, Tina del brazo de Mella, cuando este cayó bajo una ráfaga de metrallera. Rodaron juntos al suelo, ella salpicada por la sangre de su compañero muerto, mientras los asesinos huían altamente protegidos. Y para colmo, los mismos funcionarios policiales que protegieron a los criminales pretendieron culpar a Tina Modotti del asesinato.

Doce años más tarde se agotaron silenciosamente las fuerzas de Tina Modotti. La reacción mexicana intentó revivir la infamia cubriendo de escándalo su propia muerte, como antes la habían querido envolver a ella en la muerte de Mella. Mientras tanto, Carlos y yo velábamos el pequeño cadáver. Ver sufrir a un hombre tan recio y tan valiente no es un espectáculo agradable. Aquel león sangraba al recibir en la herida el veneno corrosivo de la infamia que quería manchar a Tina Modotti una vez más, ya muerta. El comandante Carlos rugía con los ojos enrojecidos; Tina era de cera en su pequeño ataúd de exiliada; yo callaba impotente ante toda la congoja humana reunida en aquella habitación.

Los periódicos llenaban páginas enteras de inmundicias folletinescas. La llamaban «la mujer misteriosa de Moscú». Algunos agregaban: «Murió porque sabía demasiado». Impresionado por el furioso dolor de Carlos tomé una decisión. Escribí un poema desafiante contra los que ofendían a nuestra muerta. Lo mandé a todos los periódicos sin esperanza alguna de que lo publicaran. ¡Oh, milagro! Al día siguiente, en vez de las nuevas y fabulosas revelaciones que prometían la víspera, apareció en todas las primeras páginas mi indignado y desgarrado poema.

El poema se titulaba «Tina Modotti ha muerto». Lo leí aquella mañana en el cementerio de México, donde dejamos su cuerpo y donde yace para siempre bajo una piedra de granito mexicano. Sobre esa piedra están grabadas mis estrofas.

Nunca más aquella prensa volvió a escribir una línea en contra de ella.

De Confieso que he vivido, 1974

ANEXOS

CRONOLOGÍA DE PABLO NERUDA

1904

12 de julio: Nace en Parral, Chile, Neftalí Ricardo Eliécer Reyes Basoalto, hijo de José del Carmen Reyes y Rosa Neftalí Basoalto. En agosto muere su madre.

1906

El niño se traslada con su padre a Temuco, donde es criado por su madrastra Trinidad Candia Marverde, la «mamadre».

1910

Ingresa al Liceo de Hombres de Temuco, hasta culminar los estudios secundarios en 1920.

1917

18 de julio: Publica su primer artículo titulado «Entusiasmo y perseverancia», en el diario *La Mañana* de Temuco.

1918

Gana el tercer premio en los Juegos Florales del Maule.

1920

Octubre: Firma sus poemas y textos literarios con el seudónimo de Pablo Neruda. Primer premio en la Fiesta de la Primavera, realizada en Temuco.

1921

Inicia la carrera de profesor de francés en el Instituto Pedagógico de Santiago de Chile. Primer premio en el concurso de la Federación de Estudiantes de Chile. Conoce a Albertina Azócar.

1923

Publica *Crepusculario*.

1924

Publica *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

1925

Dirige la revista *Caballo de Bastos*.

1926

Publica *Tentativa del hombre infinito*, *Anillos* y *El habitante y su esperanza*.

1927

Es nombrado cónsul *ad-honorem* en Rangún, Birmania. En el viaje hace escalas en Buenos Aires, Lisboa, Madrid, París, Marsella y Port-Said.

1928

Cónsul en Colombo, Ceylán (hoy Sri Lanka).

1930

Cónsul en Batavia, Java (hoy Indonesia)

6 de diciembre: Se casa con María Antonieta Haagenar Volgelzanz.

1931

Cónsul en Singapur.

1932

Regresa a Chile después de cinco años de ausencia. Publica *El hondero entusiasta*.

1933

Publica *Residencia en la tierra, 1*. Es nombrado cónsul en Buenos Aires. Conoce a Federico García Lorca.

1934

Es nombrado cónsul en Barcelona, España.

4 de octubre: Nace en Madrid su hija Malva Marina. Conoce a Rafael Alberti y a Delia del Carril.

1935

Se traslada como cónsul a Madrid. Publica en dos volúmenes la edición definitiva de *Residencia en la tierra*. Dirige la revista *Caballo Verde para la Poesía*.

1936

18 de julio: Se inicia la Guerra Civil Española. Es asesinado García Lorca. Neruda es destituido de su cargo consular. Se traslada a París y edita con Nancy Cunard la revista *Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español*.

1937

Funda con César Vallejo el Grupo Hispanoamericano de Ayuda a España. Publica *España en el corazón*, libro que luego integrará el volumen *Tercera residencia*.

1938

Mueren su padre y su madrastra en Temuco. Inicia la redacción de *Canto general*. El candidato del Frente Popular, Pedro Aguirre Cerda, es elegido presidente de Chile.

1939

Aguirre Cerda nombra a Neruda cónsul para la emigración española, con sede en París, y lo apoya en las gestiones para embarcar a bordo del Winnipeg a centenares de refugiados españoles.

1940

Es nombrado cónsul general en Ciudad de México.

1941

Viaja a Guatemala.

1942

Viaja a Cuba. Muere en Holanda su hija Malva Marina.

1943

Regresa a Chile pasando por Panamá, Colombia y Perú.

1945

Es elegido senador de la república por las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Premio Nacional de Literatura. Ingresa al Partido Comunista.

1946

Se dicta sentencia judicial declarando que su nombre legal es el de Pablo Neruda. Conoce a Matilde Urrutia.

1947

Publica *Tercera residencia*. Publica su obra poética completa en Editorial Cruz del Sur bajo el título de *Residencia en la tierra*.

1948

Pronuncia un discurso en el senado contra el gobierno de González Videla. La Corte Suprema aprueba su desafuero como senador y los Tribunales de Justicia ordenan su detención. Neruda permanece oculto en diversos lugares de Chile, mientras continúa escribiendo *Canto general*.

1949

24 de febrero: Sale de Chile rumbo a Argentina, cruzando clandestinamente la cordillera andina por la región austral.

25 de abril: Se presenta sorpresivamente en el I Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, celebrado en París. Viaja a la Unión Soviética, Polonia, Hungría y México.

1950

Publica *Canto general*. Viaja por Europa y Asia. En la India se entrevista con Nehru.

1951

Viaja a Italia y Francia. Recorre Europa oriental, Unión Soviética y China.

1952

Reside en Italia. Edición privada y anónima de *Los versos del capitán*, libro dedicado secretamente a Matilde Urrutia. Regresa a Chile después de tres años y medio de destierro.

1953

Publica dos antologías: *Todo el amor* y *Poesía política*.

1954

Publica *Las uvas y el viento* y *Odas elementales*. Celebración de sus cincuenta años de vida.

1955

Publica *Viajes*. Dirige la revista *La Gaceta de Chile*.

1956

Publica *Nuevas odas elementales*.

1957

30 de enero: Publica la primera edición de *Obras completas*. Es nombrado presidente de la Sociedad de Escritores de Chile. Publica *Tercer libro de las odas*.

1958

Publica *Estravagario*.

1959

Viaja a Venezuela. Publica *Navegaciones y regresos* y *Cien sonetos de amor*.

1960

Viaja a Europa. Publica *Canción de gesta*.

1961

Publica *Las piedras de Chile* y *Cantos ceremoniales*. Es nombrado miembro correspondiente del Instituto de Lenguas Romances de la Universidad de Yale, Estados Unidos. Se publica el millonésimo ejemplar de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

1962

Publica la serie de textos titulada «Las vidas del poeta» (memorias y recuerdos de Pablo Neruda), en diez números de la revista *O Cruzeiro Internacional*. Publica *Plenos poderes*.

1963

Publica la segunda edición de *Obras completas*.

1964

Celebración de sus sesenta años de vida. Publica en cinco volúmenes *Memorial de Isla Negra*. Edita en Buenos Aires su traducción de *Romeo y Julieta*.

1965

Doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras de la Universidad de Oxford. Vive en París. Viaja a Hungría, donde escribe con Miguel Ángel Asturias el libro *Comiendo en Hungría*.

1966

Junio: Viaja a Estados Unidos para asistir al Congreso de PEN Club, celebrado en Nueva York. Lectura de poemas en Nueva York, Washington y Berkeley. Viaja a México y a Perú.

28 de octubre: Legaliza en Chile su unión con Matilde Urrutia. Publica *Arte de pájaros* y *Una casa en la arena*.

1967

Viaja a Europa y la Unión Soviética. Se estrena en Santiago de Chile su obra teatral *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta*. El pintor austriaco Hundertwasser fabrica con su poema «Alturas de Macchu Picchu» un libro objeto, en forma de cajitas que se organizan en una pirámide, y cuyos 66 ejemplares son vendidos en París.

1968

Publica la tercera edición de *Obras completas*. Viaja a Colombia y a otros países de Suramérica. Publica *Las manos del día*.

1969

Publica *Fin de mundo* y *Aún*.

30 de septiembre: Es designado candidato a la presidencia de la República por el Partido Comunista de Chile, distinción que declina meses después a favor de la candidatura única de Salvador Allende.

1970

Publica *La espada encendida* y *Las piedras del cielo*. Con el triunfo de la Unidad Popular, Allende asume la presidencia de Chile y Neruda es nombrado embajador en Francia.

1971

Viaja a la Isla de Pascua.

21 de octubre: Obtiene el Premio Nobel de Literatura. Se le diagnostica cáncer de próstata.

1972

Renuncia a la embajada en París y regresa a Chile. Publica *Geografía infructuosa*. El gobierno y el pueblo chileno le rinden homenaje en un multitudinario acto de masas en el Estadio Nacional de Santiago.

1973

Publica *Incitación al nixonicidio y alabanza de la Revolución Chilena*. Hace un llamado a los intelectuales latinoamericanos y europeos para evitar la guerra civil en Chile. Publica la cuarta edición de *Obras completas* en tres volúmenes.

11 de septiembre: Un golpe militar derriba al gobierno del presidente Allende.

23 de septiembre: Muere Pablo Neruda en la Clínica Santa María de Santiago.

1974

Se publican póstumamente ocho libros de poemas y sus memorias *Confieso que he vivido*.

BIBLIOGRAFÍA DE PABLO NERUDA

1. *Crepusculario* (poesía, 1923).
2. *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (poesía, 1924).
3. *Tentativa del hombre infinito* (poesía, 1926).
4. *El habitante y su esperanza* (novela, 1926).
5. *Anillos* (coautoría con Tomás Lago, 1926).
6. *El hondero entusiasta* (poesía, 1932).
7. *Residencia en la tierra, 1* (poesía, 1933).
8. *Residencia en la tierra, 2* (poesía, 1935).
9. *Tercera residencia* (poesía, 1947).
10. *Canto general* (poesía, 1950).
11. *Los versos del capitán* (poesía, 1952).
12. *Las uvas y el viento* (poesía, 1952).
13. *Odas elementales* (poesía, 1954).
14. *Viajes* (ensayo, 1955).
15. *Nuevas odas elementales* (poesía, 1956).
16. *Tercer libro de las odas* (poesía, 1957).
17. *Estravagario* (poesía, 1958).
18. *Navegaciones y regresos* (poesía, 1959).
19. *Cien sonetos de amor* (poesía, 1959).
20. *Canción de gesta* (poesía, 1960).
21. *Las piedras de Chile* (poesía, 1961).
22. *Cantos ceremoniales* (poesía, 1961).
23. *Plenos poderes* (poesía, 1962).
24. *Memorial de Isla Negra* (poesía, 1964):
 - a. Donde nace la lluvia.
 - b. La luna en el laberinto.
 - c. El fuego cruel.
 - d. El cazador de raíces.
 - e. Sonata crítica.
25. *Arte de pájaros* (poesía, 1966).
26. *Una casa en la arena* (prosas, 1966).

27. *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta* (teatro, 1967).
28. *La barcarola* (poesía, 1967).
29. *Las manos del día* (poesía, 1968).
30. *Comiendo en Hungría* (coautoría con Miguel Ángel Asturias, 1968).
31. *Aún* (poesía, 1969).
32. *Fin de mundo* (poesía, 1969).
33. *La espada encendida* (poesía, 1970).
34. *Las piedras del cielo* (poesía, 1971).
35. *Geografía infructuosa* (poesía, 1972).
36. *Incitación al nixonicidio y alabanza de la Revolución Chilena* (poesía, 1973).
37. *La rosa separada* (poesía, póstumo, 1974).
38. *El mar y las campanas* (poesía, póstumo, 1974).
39. *Jardín de invierno* (poesía, póstumo, 1974).
40. *2000* (poesía, póstumo, 1974).
41. *El corazón amarillo* (poesía, póstumo, 1974).
42. *Libro de las preguntas* (poesía, póstumo, 1974).
43. *Elegía* (poesía, póstumo, 1974).
44. *Defectos escogidos* (poesía, póstumo, 1974).
45. *Confieso que he vivido* (memorias, póstumo, 1974).

ÍNDICE

Prefacio 7

Neruda a vuelo de pájaro 9

Pablo Neruda, poeta, periodista y político 13

Textos periodísticos de Pablo Neruda

Neruda por Neruda 41

Muerte al invasor, de Ilya Ehrenburg 42

Semblanza de Alejandro Lipschutz 44

El oficio ciudadano, de Volodia Teitelboim 48

Ceilán 51

Recuerdos de Tina Modotti 54

Anexos 57

Cronología de Pablo Neruda 59

Bibliografía de Pablo Neruda 65